

## PLATICA XXIII.

DEL ADMIRABLE Y DIVINO SACRIFICIO DE LA MISA.

A 29 de Junio de 1691.

**E**NCERRAR todo el cielo en un anillo, meter en una sortija la máquina de esos orbes, y abreviar en su piedra todo el movimiento de las esferas, celebróse ya con razon por el prodigio mayor del arte: *Magni artifices est totum claussise in exiguo*, decia Séneca. Tal fué aquel anillo, en cuya piedra encerrada la máquina de un reloj de ruedas, sin que le faltase alguna, apuntaba con la manecilla y sonaba con la campana regular las horas en la mano del gran Emperador Carlos V., tan sin bulto, tan sin embarazo, que pudiera decir que traía todo el cielo en un dedo. Primor del arte, no hay duda; pero, ¡oh, qué corrido lo deja la fábrica de una hormiga! ¡qué vencido se confiesa á la contextura de un mosquito! ¡Oh, Dios, que así te ostentas mas grande en lo mas pequeño! exclamaba atónito el humilde Francisco: *¡Oh, ut reluctet*

*magnus in parvis Deus!* Pero cuál se ostenta Dios en el mas soberano primor de su sabiduría, en el empeño mayor de su Omnipotencia, con que no solo el cielo nos abrevia en el Santo Sacrificio de la misa, sino que en ella nos pone ceñido todo lo infinito, abreviado todo lo inmenso, todo un Dios en un pequeño círculo, y todos sus abismos de perfecciones en una Hostia, para que así quede siempre infinitamente obligado nuestro amor, cuando así nos dá lo mismo que le hemos de ofrecer por nuestro único desempeño! Y si este lo tenemos en la misa, entendámoslo bien para saber lograrlo.

*¿Qué cosa es Misa?* Que si aun solo la corteza de este nombre nos ha dado ya tanto jugo para el espíritu, ¿cuál será la interior dulzura de tan alto Misterio? *Misa*, responde el Catecismo con palabras definidas en el Santo Concilio de Trento: *Misa*, dice, (*Conc. Trid. sess. 22. c. 1.*) *es un sacrificio que se hace de Cristo, y una representacion de su vida y muerte.* *¿Y á quien se hace este Divino Sacrificio?* R. *Al Eterno Padre.* Asentado, pues, como verdad de Fe, que la Misa es verdadero Sacrificio, y el único y solo que nos dejó nuestra Vida Cristo en la Ley de Gracia que gozamos, porque él solo con infinita ventaja comprende toda la perfeccion que figuraban todos los antiguos Sacrificios de las Leyes de Naturaleza y Escritura, nos quedan tres puntos que explicar: *¿Qué quiere decir, que la Misa es Sacrificio?* *¿A quién lo ofrecemos?* *¿Y qué es lo que ofrecemos?*

No es Sacrificio todo lo que solemos llamar con este nombre, sino que á obras que estimamos por grandes, para acreditarlas mas, las llamamos sacrificios. Así decimos que hace un grande sacri-

ficio el que se consagra á Dios en vida religiosa: el que con paciencia sufre por Dios, ó un grave dolor, ó la muerte: *Quasi holocausti hostiam accepit illos.* Y así en esta impropia significacion llamó David Sacrificio al corazón contrito: *Sacrificium Deo spiritus contribulatus:* llamó San Pablo Sacrificio á la limosna: *Talibus enim hostiis promeratur Deus.* Y así, todas las obras de virtud, porque todas se consagran á Dios se pueden llamar latamente Sacrificio; pero en su propia y rigurosa significacion, lo que entienden con Santo Tomás todos los Teólogos, es, que sacrificio es una oblacion exterior, legítimamente instituida por autoridad suprema, la cual ofrecemos á solo Dios en señal de nuestra humilde sujecion, y en protesta-cion del absoluto, supremo, soberano dominio que Dios tiene sobre todas las cosas; y por eso con la destruccion, ó mudanza de aquello que le ofrecemos, le confesamos que es dueño de la vida y de la muerte, y que como de solo su querer pende el sér de todas las criaturas, así con solo su querer puede destruirlas. Es verdad que con la adoracion le reconocemos á Dios su absoluto dominio; pero como en ella nada le ofrecemos, no es sola la adoracion sacrificio. Es verdad que como á Señor absoluto le ofrecemos á Dios muchas ofrendas de templos, altares, y de otros sagrados adornos; pero como esas se quedan como las demas, sin mudanza, no son todas las oblaciones sacrificios, aunque todo sacrificio es oblacion. Es verdad que el incienso que ofrecemos en el altar se deshace y evapora en reconocimiento de nuestra total sujecion, y en protesta-cion del supremo dominio de Dios, de cuya manopenden nuestra vidas; mas todavia no es ese ya en la Ley de Gracia sacrificio; porque solo un sacrifi-

cio nos instituyó nuestra Vida Cristo, que es el de su cuerpo y sangre, que dejó ya sin valor todos los demas sacrificios que habian sido sus figuras y sus sombras. Y así, el incienso que en la misa ofrecemos, solo es adorno que sirve al mas estupendo sacrificio, y que á los ojos nos avisa cómo en sí deshechos han de volar hácia á Dios nuestros corazones. Han sido, pues, los sacrificios, desde que hay mundo, un tributo que la misma naturaleza dictó para reconocer, ó á la verdadera Divinidad, ó á la aprendida: de modo, que de este reconocimiento á superior dominio, no se han excusado ni aun los mas bárbaros, dijo San Agustin: *Nulla fuit gens tam barbara, quæ non sacrificaret iis, quos, vel putavit, vel finxit esse Deos.* (L. 4. de Civit. c. 4.)

Y ya, si gozamos nosotros el conocimiento del verdadero Dios; (D. Thom. 2. 2. q. 85. art. 4.) si á este Supremo Señor, si á este Rey Soberano, si á este absoluto Dueño, la misma ley de naturaleza nos dicta que le debemos pagar algun tributo, que siendo digno de su grandeza, que es infinita, sea tambien correspondiente á nuestra obligacion, que es inmensa, ¿qué tributo le podriamos pagar, que fuese digno de un Rey tan Soberano? Volved los ojos por todas las criaturas, y ni en alguna, ni en todas juntas hallareis oferta que sea digna de ponerse á los ojos de quien es dueño de todas. Por otra parte, si nuestras obligaciones las debemos contar por todos los instantes de la vida, por cada respiracion, por cada miembro de nuestro cuerpo, ¿con qué tributo le podemos corresponder á este Rey Divino? Fronton IV, Rey de Dinamarca, habiendo vencido á los sajones, les perdonó las vidas; pero con condicion de que se las habian de pagar con su tributo. Y primero le fué poniendo tri-

buto á cada cabeza; luego otro tributo á cada parte del cuerpo que tuviese un codo; luego sobre todos los miembros del cuerpo; porque si todo eso, dijo, os lo doy yo con daros la vida, me habeis de pagar por cada miembro distinto tributo. ¡Oh, mi Dios! ¿Pues cuál será el que te debemos? *Ecce totum me debeo pro me facto*, decia todo derretido San Bernardo, *quid addam iam, et pro refecto?* Si todo cuanto soy, si todo cuanto tengo lo debo á Dios, porque con darme el sér me lo dió todo, ¿qué me queda luego con que pagar el segundo y mejor sér de la gracia? ¡Oh, abismo de obligacion! Si te hayaras ciego, ¿qué dieras á quien te restituyera los ojos? Si te vieras valdado en una cama, ¿qué dieras á quien te diera piés y manos? Si te vieras ya en punto de morir sin remedio, ¿qué dieras á quien te diera la vida? Pues si todas estas obligaciones debemos á Dios, ¿qué tributo le pagaremos?

Pues este es el que tenemos con que pagar en la misa: en que para que sea Dios honrado de nosotros, tanto como merece su infinita grandeza, y para que sea correspondido de modo que equivalga á toda nuestra obligacion, el mismo Hijo de Dios es el que poniéndose bajo las especies del pan, es la ofrenda, es la víctima, es el tributo, que en protestacion del supremo dominio de Dios, se ofrece por nosotros aparejado á perder aquel sér sacramental, que allí por la consagracion adquiere. Y por esta ofrenda divina, y por esta mudanza prodigiosa, con que el mismo Hijo de Dios pierde aquel sér sacramental en faltando las especies del pan, en el acto de la humildad mas estupenda, protesta por nosotros á su Eterno Padre su Divina Soberanía. Por esto es la misa el sacrificio mas soberano con que

correspondemos nosotros á nuestra inmensa obligacion. Y si así la debemos conocer, si no somos brutos, ¿cómo no buscaremos siempre con ansias este divino sacrificio, en que todo el infinito caudal de nuestra Vida Cristo, se hace nuestro para que tengamos con qué pagar? De aquel célebre caritativo Telonario se refiere, que no teniendo ya qué dár, se vendió así mismo por esclavo, para repartir todo su precio á los pobres. San Paulino se entregó á sí mismo por cautivo, para rescatarle á una pobre viuda su hijuelo. Mas, ¿qué tiene que hacer uno y otro, con el mismo hijo de Dios, que todos los días tan innumerables veces se nos dá á sí mismo, se hace de nuevo todo nuestro, para que con cuanto vale un Hijo de Dios, podamos pagar nosotros á su Eterno Padre el tributo que le debemos? Pues ¡oh, Dios de mi vida! ¿cómo pagaremos esta fineza? ¿Qué dijéramos si allí los pobres, ó si allí aquella viuda, no quisieran asistir, ó asistieran de muy mala gana al contrato, en que vendiéndose ellos como esclavos, el otro se quedaba cautivo? ¿Pues cómo tan de mala gana asisten á la misa no pocos, donde el Hijo de Dios se nos dá á sí mismo, para que con todo su valor enriquecidos podamos pagar á Dios nuestras imponderables deudas? Quinto Terencio, senador romano, como refiere Livio, (*Liv. lib. 10. de Bell. B.*) porque Scipion africano lo rescató del cautiverio en que estaba en Carthago, no halló otro modo de mostrarle á Scipion su agradecimiento, sino con entrar en su triunfo en Roma con montera de cautivo, y á pié entre los otros cautivos. ¿Pues cómo no asistiremos nosotros agradecidos al que se nos dá á sí mismo por precio con que paguemos la mas estrecha obligacion?

Este sacrificio, pues, esta ofrenda divina, trivuto conque reconocemos nuestra mas humilde sujecion, y con que protestamos en Dios el mas supremo y absoluto dominio, se lo ofrecemos al Eterno Padre. Y así, aunque suelen decir que se le dice una misa á la Santísima Virgen, á este ó á aquel Santo, debemos entender que ni á la Señora ni á Santo alguno se le ofrece el sacrificio, sino solo al que es absoluto Señor del Universo; pero ponemos, ó á la Santísima Virgen, ó al Santo de quien es la misa, por nuestro especial intercesor, para que nos alcance de Dios lo que pedimos, por aquella especial honra que le hacemos. Así nos lo dice la Iglesia: *Ut illi pro nobis intercedere dignentur in Caelis, quorum memoriam agimus in terris.*

Mas ya, ¿qué es lo que ofrecemos al Eterno Padre con ofrecerle á su Hijo en este Soberano sacrificio? ¡Oh, Dios! Aquí pido, almas, vuestras atenciones, aquí toda nuestra ponderacion, y aquí toda vuestra ternura. ¿Cuánta sería la honra y la gloria que le ofreció á Dios un San Vicente Ferrer, que convirtió doscientos cincuenta mil judíos, ciento ochenta mil moros? ¿Cuánta sería la honra que le hizo á Dios un San Francisco Javier, que bautizó un millon doscientas mil almas? ¿Cuánta sería la honra que le ofrecieron á Dios todos los doce Apóstoles, y los setenta y dos discípulos, que derramaron las luces de la fé por todo el mundo? Pues toda esa honra junta, ni con infinita distancia, no llega á la honra que se le ofrece á Dios en una sola misa. Pues añadamos mas: ¿Cuánta será la honra que le han hecho á Dios, derramando su sangre, dando sus vidas entre tan atroces tormentos, tantos millones de Santos mártires? ¿Cuánta la honra que le han hecho tantos Santos confesores,

y Vírgenes, ya desgarrados á penitencias, ya consumidos á ayunos, ya abrasados y extáticos en contemplacion fervorosa? Pues aun no alcanza toda esa honra á la que en una sola misa se ofrece á Dios. Pues aumentemos mas: ¿Cuánta será la honra que tantos millares de millares de Angeles han hecho á su Magestad, sin cesar un punto de alabarle? ¿Cuánta la que todos los Bienaventurados juntos le están haciendo, sin dejar un punto de amarle con un amor beatífico, y en el superior grado intenso? Y sobre todo, ¿cuánta será la honra y la gloria que á Dios le ha dado María Santísima, ya en la tierra con tantos méritos como vivió instantes, y ya en el cielo con excesos de gloria que aventajan á todas las criaturas? Pues toda esa honra, aunque se junte toda, aunque multiplicaran de tantos como ahora hay Bienaventurados, otros tantos millones de millones: aunque se aumentaran millones de criaturas, que cada una fuera tan abismada en perfecciones, como María Santísima, todas no llegarían nunca á la honra y á la gloria que se le ofrece á Dios en una sola misa. Y la razon de esta verdad no es ménos que de fé; porque siendo el mismo Hijo de Dios el que en la misa se ofrece como víctima á la Santísima Trinidad, todas las honras, alabanzas y glorias que le pueden ofrecer todas las criaturas juntas por toda la eternidad, no llegan, ni pueden igualar jamás á un acto solo de amor de nuestro Señor Jesucristo, que dignificado de su divinidad, ese solo acto es de valor y precio infinito. ¿Pues de cuánto será aquel sacrificio, en que no un acto solo, sino todo Cristo se humilla, se ofrece y adora á la Santísima Trinidad todo cuanto ella es adorable, y le ofrece una honra tan infinita, que se iguala á toda la inmensidad de

su grandeza? Por eso, aun los ya Bienaventurados adoran y reverencian este Divino sacrificio.

El V. P. Pedro Saavedra, de nuestra compañía, (Haut. á n. 1069.) siempre que oía misa en el sepulcro de San Diego de Alcalá, al querer alzar la Hostia, oía ruido dentro de la caja, como que el Santo Cuerpo se levantaba á adorar al Señor. El B. Fray Mauricio Ungáro, Dominicano, estándole celebrando sus exequias, y puesto su santo cadáver en medio de la Capilla Mayor, al alzar la Hostia, con pasmo y admiracion de todos, abrió los ojos el Cadáver y los fijó en ella. Cerrólos, y al alzar el Cáliz, volvió á abrirlos, y cerrólos otra vez luego, dejando á los circunstantes atónitos. En Nápoles, donde en una ampolleta se guarda una poca de sangre de San Estévan Protomártir, (*idem.* 595.) estando ésta tan endurecida como una piedra, en poniéndola en el altar, al decirse la misa, se derrite, se regala y hierva, como si estuviera fresca. Mas: en Midelburg, habiéndose convertido con estupendo prodijio una Forma consagrada en carne fresca y hermosa, despues de otras maravillas, trasladándola en procesion á la ciudad de Colonia, para colocarla en su célebre relicario, al entrar en la Iglesia, viéndolo todo el concurso, todas las reliquias de varios Santos que estaban puestas en el altar, sin que las llegara mano, todas se retiraron, dejando desocupado el principal lugar á la que veían entrar de su Supremo Rey. No paró en eso la maravilla, sino que habiéndola ya colocado, volvieron todas aquellas á hacerle por repetidas veces profunda inclinacion. ¿Mas qué mucho que así todos los Santos se postren á su presencia, si la Reina de todos, María Santísima, baja desde su trono á servirle humilde en su Soberano sacrificio? Así

lo vió la B. Beneventa Dominicana; vió, digo al oír misa, que bajando acompañada de Angeles la Santísima Virgen, por sí misma la Señora con profunda humildad y reverencia, sirvió al sacerdote; y dando luego por su mano purísima el Lavatorio á los que comulgaban, á cada uno le iba haciendo reverencia bajando la cabeza. ¡Oh, almas! Pues si así á este sacrificio soberano cede todo el cielo, ¿quién habrá que no procure participar en hacerle á Dios una honra tan infinita, ó con decir la misa, ó con mandarla decir, ó con asistirle y oírla devoto? Lograremos, pues, cuanto es de nuestra parte este tesoro inmenso, si al empezar la misa presentes, con todo el afecto de nuestro corazon á aquel Trono Supremo de la Santísima Trinidad, le ofreciéremos así nuestros afectos: ¡Oh Soberano Dios y Señor absoluto de todas las criaturas! veo bien y conozco cuántas son las obligaciones que debo á tu inmensa liberalidad; pero siendo mi pobreza tan suma, siendo todo mi sér nada en tu presencia, he aquí Señor, que te ofrezco á tu mismo Hijo, tan verdadero Dios como lo eres tú; con todo su precio, que es infinito, te corresponde á lo infinito que te debo; con todo un Dios, que es mi fiador, te pago mis deudas, pues no puede dejar de agradarte esta ofrenda de tu Hijo: todo mi corazon junto á sus méritos infinitos; todos mis deseos los uno con el valor de su Cuerpo y de su Sangre; y todo cuanto soy lo consagro con tu Hijo, á tu honra, y á tu alabanza, y á tu gloria.

---